4751

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

FLORES Y PERLAS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

QUINTA EDICIÓN.

MADRID.

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2-2.°

1889.

OBRAS DRAMATICAS DE D. LUIS MARIANO DE LARRA.

COMEDIAS.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Quien piensa mal, mal acierta.
Pedro el marino.
El cuello de una camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
Á caza de cuervos.
Una nube de verano. (3.ª edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres (1)
Sapos y culebras (1).
Una Virgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso. (2.ª edicion).
Juicios de Dios.
La flor del valle. (2.ª ed.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (3.ª edicion).
La planta exótica. (2.ª edicion)
La paloma y los halcones
El rey del mundo.
La oracion de la tarde. (8.ª edicion.)
Los lazos de la familia. 5.ª edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (3.ª ed.)
La agonía. 3.ª edicion.)
Flores y perlas. (4.ª ed.)
Dios sobre todo. (2.ª ed.
El hombre libre.
La primera piedra. (2.ª ed.)
Estudio del natural. 2.ª.)
La cosecha. (2.ª edicion.)
En brazos de la muerte (2.ª edicion.)
¡Bienaventurados los que lloran! 5.ª edicion.)
El bien perdido. (2.ª ed.)
Oros, copas, espadas y bastos. (5.ª edicion.)
El ángel de la muerte.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
El Caballero de Gracia. (2.ª edicion.)
La tarde de Noche-buena.
¡Una lágrima!
Los corazones de oro. (2.ª edicion.)
Tres piés al gato...
¡Risas y lágrimas!
Las ranas pidiendo rey.
Un buen hombre.
La viuda de López.

ZARZUELAS.

Un embuste y una boda. Música de Genovés.)
Todo son raptos. (M. de Oudrid.)
As en puerta. (M. de Oudrid.)
La perla negra. (M. de Vazquez.)
Las hijas de Eva. (M. de Gaztambide.) (4.ª ed.)
La conquista de Madrid. (M. de Gaztambide.) (3.ª edicion.)
Cadenas de oro. (M. de Arrieta.) (4).
Una revancha. (M. de Campo.)
La ínsula Barataria. (M. de Arrieta.)
Punto y aparte. (M. de Rogel.)
Los órganos de Móstoles. (M. de Rogel.) (9.ª ed.)
Los infiernos de Madrid. (M. de Rogel.)
La varita de virtudes. (M. de Gaztambide.)
Los misterios del Parnaso. (M. de Arrieta.)
Los hijos de la costa. (M. de Marqués.)
Justos por pecadores. (M. de Oudrid y Marqués.)
La prima-donna. (M. de zarzuelas.)
El atrevido en la córte. (M de Caballero.)
El conde y el condenado. (M. de Rogel é Inzenga.) (5).
Sueños de oro. (M. de Barbieri.) (5.ª edicion.)
La creacion refundida. (M. de Rogel.)
El barberillo de Lavapiés. (M. de Barbieri.) (11.ª edicion.)
La vuelta al mundo. (M. de Barbieri y Rogel.) (2.ª edicion.)
Chorizos y Polacos. (M. de Barbieri.)
Viaje á la luna. (M. de Rogel.)
Juan de Urbina. (M. de Barbieri.)
Los pajes del Rey. (M. de Oudrid.)
La gala del Ebro. (M. de Cereceda.)
Las campanas de Carrion. (Música de Robert Planquette.)
La guerra santa. (M. de Arrieta.) (6).
El Corpus de sangre. (M. de Caballero.)
La niña bonita. (M. de Caballero.)
Los hijos de Madrid. (M. de Cereceda.)
Boccaccio. (M. de Franz de Suppé.) (3.ª edicion.)
La Africanita. (M. de Cereceda.)
El Guerrillero. (M. de Arrieta, Caballero y otros.)
¡Muchacho! (M. de Suppé.
El año de la Nanita. (M. de Rubio.)
El Estudiantillo. (M. de Millöker,)

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz. (2) Idem con D. Ventura de la Vega. (3) Idem con D. Narciso Serra. (4) Idem con D. Ramon de Navarrete. (5) Idem con D. Antonio García Gutierrez. (6) Idem con Don Enrique Perez Escrich.

FLORES Y PERLAS

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

Representado por primera vez en el Teatro de VARIEDADES el 15 de Diciembre de 1860.

QUINTA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1889.

AL ILUSTRISÍMO SEÑOR

D. TOMÁS RODRÍGUEZ RUBÍ,

DIRECTOR GENERAL DE BENEFICENCIA Y SANIDAD DEL REINO, CABALLERO DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN DE CÁRLOS III, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, DIPUTADO Á CORTES, ETC., ETC.

Queridísimo Tomás: ¿Quiere V. aceptar la dedicatoria de este humilde drama? He visto á V. tan mi amigo en ocasiones azarosas para mi vida de autor dramático, que aprovecho la primera ocasión que se me presenta para darle un público testimonio de gratitud y cariño.

Escaso es el valor de esta obra, como el de todas las de mi pobre ingenio; pero admítala V., no en lo que vale, sino en lo que significa para su constante amigo

LUIS MARIANO DE LARRA.

14 de Diciembre de 1860.

Adorable Luis. Sea una y mil veces más enhorabuena por el brillante y justísimo éxito de su drama representado anoche.—El drama le vino á mi espíritu de PERLAS, y le supo á mi entendimiento á FLORES, porque flores y perlas hay derramadas con profusión en sus delicados pensamientos é interesantísimas escenas.

Felicito á V. con todo mi corazón, y con el mismo le agradezco la fina é inmerecida atención de haber dedicado un drama tan nuevo á un autor que ya está tocando los umbrales de la vejez.

Ánimo, querido Luis, que ya vendrá un día en que el autor dramático digno, represente y signifique algo en nuestro país.

Suyo apasionado amigo,

T. R. RUBÍ.

16 de Diciembre de 1860.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de las galerías dramáticas EL TEATRO, de *Don Florencio Fiscowich*, y de la ADMINISTRACIÓN LÍRICO DRAMÁTICA, de *D. Eduardo Hidalgo*, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad en la parte que á cada una corresponde.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Doña María Rodríguez.
MAGDALENA	Doña Rosa Tenorio.
L CONDE	D. Joaquín Arjona.
LOPE	D. Victorino Tamayo.
D. TELLO	D. Ramón Beneti.
PERAFAN	D. N. Rodríguez.
UN CRIADO	»

La acción pasa en Espinosa de Henares, en el primer acto, y en Madrid los dos restantes. Reinado de Felipe IV.

ACTO PRIMERO

Sitio pintoresco á la entrada de un pueblo. Á la derecha, en segundo término, una casa de humilde apariencia con emparrado sobre la puerta. Esta y las ventanas practicables. Un árbol en medio de la escena, con un tronco caído, que sirve de asiento delante de él. Monte lejano á la izquierda, y á la derecha las demás casas de la población á lo lejos.

ESCENA PRIMERA.

D. TELLO y PERAFÁN, bajan por el monte.

TELLO. No he visto nunca más caza
en los toledanos montes;
ni en el Vierzo más jabatos,
ni más ciervos en la córte,
que hemos visto en Espinosa
desde el alba hasta la noche.

PER. Ni tirador más certero,
más alegre y menos dócil
que don Tello de Meneses,
pisó jamás estos bosques.

TELLO. Pláceme poco la caza
si la ejercito con orden,
y si me divierto, esclavo
de encontradas opiniones.
Es mi voluntad tan libre,

669401

mi carácter tan indócil,
mis pensamientos tan míos
y tan mías mis acciones,
que ese estudio con que marchan
monteros y ojeadores,
ese cambiar de camino
al son de distintos toques,
ese acometer la fiera
en grupos ó pelotones,
me hace mirar en la caza
otra esclavitud del hombre;
yo soy muy libre, y yo cazo
como vivo, entre el desorden.

PER. Por eso mientras cazaba
ayer con reglas la corte,
vos fingiendo ir tras un lobo
¿os perdisteis en el monte?

TELLO. Sí, por Dios; ¡y ve tú mismo
si no fué acertado el golpe!
Yo cazando á la ventura
sin trahillas ni peones,
con un arcabuz he hecho
más que harán hoy los del Conde.

PER. Ellos habrán recogido (Con pesar.)
su caza, y nosotros...

TELLO. (Interrumpiéndole.) Goce
de ese placer el que busca
su sustento entre los montes,
pero el que hidalgo ha nacido
y es opulento y es noble,
mate las fieras si sabe,
pero al matarlas no robe
comida para los buitres
y festín para los pobres.

PER. Á todo teneis respuesta
con vuestro gusto conforme,
á todo, si sabeis darla
á estas mis nuevas razones.
¿Al notar el Conde-Duque
que os marchasteis sin su orden,
cuando os busquen y no os hallen
no temeis que se os enoje?

TELLO. Perafán: ¿qué á mí su enojo?
Ya Olivares me conoce,
y su *montero indomable*
he alcanzado que me nombre.
Yo vivía solo y libre,
me vió, mi trato agradóle,
y más que señor, amigo
es para mí desde entónces.
Ya á mis caprichos se aviene,
ya mi carácter conoce,
y mis defectos tolera
y mis advertencias oye.
Siendo así, por nada temas,
almorcemos, si aquí hay dónde
y á la tienda de Olivares
demos la vuelta esta noche.

PER. No será mucho que venga
tras de vuestra pista el Conde,
portador cual de costumbre
de las noticias peores.

TELLO. Líbreme Dios de su vista; (Sombríamente.)
yo no sé que hay en ese hombre
que su presencia me enoja
y su mirada me impone.
Mil mal apagados germenes
de encontradas ambiciones,
su alma oscura y misteriosa
dentro de su seno esconde.
Odia al que encumbrarse quiere;
si llega, le adula dócil,
y de cera con el fuerte
y con el débil de bronce,
odiado es de los plebeyos
y temidos de los nobles.

PER. Dióle Dios mala fortuna,
segun dicen los que le oyen.

TELLO. Supiera sobrellevarla
y amaríamosle entonces.

PER. ¿Conque decidis?...

TELLO. (Marcadamente.) Que busques
donde una perdiz nos doren,
y donde en plato, aunque tosco,

nuevo y limpio la coloquen;
donde en vidrio transparente
quepa un azumbre de aloque,
que más que el sentido turbe
nuestras gargantas remoje;
y donde en sábanas blancas,
aun sobre duros gergones,
puedan encontrar descanso
nuestros cuerpos pecadores.
(Perafán saluda y se dirige á la derecha, por donde aparece Lope sin verlos.)

ESCENA II.

D. TELLO, PERAFÁN y LOPE.

PER. (Ap. á Tello.)
Aquí viene un campesino
que puede que nos informe.
TELLO. Cierto.
LOPE. ¿Si estará?... (Al verlos.) (¡Aquí gente!)
PER. ¿Quereis que pregunte?
(Ap. á D. Tello: éste le hace una seña negativa y aquél se aparta. Lope se vuelve al oir á Tello.)
TELLO. ¡Oye!
(Con altivez.)
¿Sabes si hay en Espinosa
hospitalidad y adónde?
LOPE. (Con dignidad.)
Donde la pidan humildes
la hallarán de las mejores:
para encontrarla soberbios
id á pedírsela al monte.
TELLO. (Con ira.)
¡Brío gasta el mozalvete!
LOPE. Todos cuantos me acomoden,
que á quien descortés pregunta
descortés se le responde.
(Pausa.)
TELLO. (¡Por Dios que razón le sobra
y que me gusta este hombre!)

¿Dónde, amigo, encontraremos
dos camas y provisiones
para ahogar un apetito
que nos está dando voces?

LOPE. Si entrais en cualquiera casa
tendreis lo que se os antoje.

TELLO. En la tuya...

LOPE. La primera
en voluntad, si no en dones.
¿Veis una que entre las ramas
de dos encinas se esconde?
(Señalando á la derecha.)
Llamad: allí está un anciano
que Gaspar tiene por nombre:
decid que os manda su hijo,
y con muy pocas razones
tendreis las camas que os falten
y las perdices que os sobren.

TELLO. Acepto el ofrecimiento,
y os le pagaré en la córte,
si honrar quereis algun día
al que hoy honrais con favores.

LOPE. El huesped es quien nos honra
aquí siempre.

TELLO. (¡Bravo joven!)
Dios os dé días felices.

LOPE. Él mismo os los dé mejores.

TELLO. Hasta las doce que parto
y que os veré.

LOPE. Hasta las doce.
(Los acompaña hasta la derecha y vuelve.)

ESCENA III.

LOPE.

Pararon su demasía
mis desusadas razones.
Hidalgos son y en sus bríos
altivos se les conoce.
Parece que está de caza
su majestad por el monte

y estos serán dos monteros
que se habrán perdido anoche.
(Pausa.)
¡Las siete... y aun no la he visto!
¡Siempre al llegar á este roble
calla tímida mi lengua
y mis piés se clavan torpes!
¡Oh! aquí viene...
(Mirando á la casa de la derecha, cuya puerta se abre.)
Si me mira
y mi turbación conoce...
(Retirándose.)
¡Calla, corazón, que el pecho
con tus latidos me rompes!

ESCENA IV.

LOPE y MAGDALENA, que sale de la casa con la cabeza baja y se pára en medio del proscenio. Momento de silencio.

MAG. (Lope la oye desde lejos.)
¿Por qué desde aquella tarde
son otras mis ilusiones
que mi jardín y mi casa,
que mi oración y mis flores?
Alma mía, ¿adónde vuelas?
Corazón, ¿adónde corres?
¿Por qué están en mi memoria
tan grabada sus facciones?
¿Por qué pronuncia mi boca
con trémula voz su nombre?
¿Por qué tiemblo que me escuchen?
¿Por qué cuando nadie me oye,
»Lope» el corazón me dice
y »Lope» el alma responde?
Corazón, ¿adónde vuelas?
Alma mía, ¿adónde corres?
¿Por qué mi seno se agita
al acordarme de ese hombre,
y en mis mejillas la sangre
avergonzada se esconde?

Decir quise anoche «madre»
Y «Lope» la dije torpe;
quise implorar á Maria,
como hago todas la noches,
Y al decir: «¡Óyeme, oh Virgen!»
dije: «Lope, ¿no me oyes?»
Corazón. ¿adónde vuelas?
Alma mia, ¿adónde corres?

LOPE. (Acercándose de puntillas y colocándose á su lado.)
¡Á que yo lo oiga! (Al oído.)

MAG. (Turbada.) ¡Dios mío,
me escuchaba!

LOPE. (Con alegría.) ¡Y á que goce
un placer nunca sentido!

MAG. (Ruborizada.)
(¡Hielo por mis venas corre!)

LOPE. ¿Conque á mi cariño ardiente
vuestro pecho corresponde?
(Con pasión.)
¿Conque en vez de dar al viento
quejas de nuestros amores,
podremos ambos contárnoslos
y respondernos acordes?...

MAG. No... sé...

LOPE. (Con fuego.) Yo sé que esos ojos,
tan negros, tan habladores,
quieren clavarse en los míos,
aunque tenaces se esconden.
Yo sé que esos lábios rojos
que su silencio no rompen,
quieren decir que me aman,
aunque á mi voz no responden.
Yo sé que vuestros oídos
mis puros acentos oyen,
aunque cerrarse procuran
á mis amorosas voces.
¿No es verdad que sé todo eso
y que mi amor os conoce?...

MAG. (Interrumpiéndole.)
Pues si vos lo sabeis todo,
¿qué quereis que os diga entonces?

LOPE. Que os alegran mis palabras.

MAG. ¿Sospechais vos que me enojen?
LOPE. Que os es grata mi presencia.
MAG. ¿Os he dicho al veros «vóime»?
LOPE. Que me amais como yo os amo;
(Con fuego creciente.)
que esperais días mejores
en que nuestros mismos padres
nuestro cariño sancionen;
que soy el mortal, amándoos,
más venturoso del orbe;
que estais, como yo, contenta;
que soy feliz...
MAG. (Interrumpiéndole.) Quedo, Lope:
si vos os lo decis todo,
¿qué quereis que os diga entonces?
LOPE. Teneis razón, alma mía;
culpad á mi afán; ya os oye.
MAG. El caso es que... así... de pronto... (Turbada.)
ahora no sé... ¡soy tan torpe!...
¡Vamos... seguid vos hablando,
decid lo que se os antoje!
LOPE. ¿Me amais?
MAG. (Sonriendo.) ¡Yo... lo juraría!
LOPE. Juradlo.
MAG. ¿Y si peco, Lope?
LOPE. Pecarais jurando en falso,
mas si es verdad...
MAG. ¡Juro entonces!
(Tiende la mano, que Lope coge en las suyas.)
LOPE. ¿Os amo yo?
MAG. Lo parece.
LOPE. ¿No más?
MAG. Como sólo se oye...
si se conociera... ¡Ah!
LOPE. (La besa la mano.)
¿Se conoce?
MAG. (Retirándose.) Se conoce.
(Pausa.)
LOPE. (Suplicante.)
¿Os enojasteis?
MAG. Un poco.
¡Marchaos ya... si nos oyen!...

LOPE. ¿Creeis que ocultarme pienso
de amigos murmuradores?
No tal, sepa todo el pueblo
cuáles son mis intenciones;
festénjeme las mujeres,
ténganme envidia los hombres.
Hoy hablaré á vuestra madre.

MAG. No lo hagais tan pronto, Lope,
hasta que yo se lo diga.

LOPE. ¿Temeis que acaso se enoje?

MAG. Mi madre me quiere tanto
que hará lo que yo ambicione;
pero hace tiempo que espía
mis más sencillas acciones;
que sabe ya que un secreto
en mi corazón se esconde;
yo debo ser la primera
que su aprobación implore.

LOPE. Ya sabeis que aunque no es rico
dan á mi padre ese nombre;
y que al haceros mi esposa
nos dará cuanto le sobre.
Él, sólo quiere mi dicha,
en vos la ha cifrado Lope,
que vuestra madre lo sepa
y que mi esperanza logre.

MAG. (Con temor.)
Ella viene...

LOPE. Vendré luego;
¡ay, horas! pasad veloces.

MAG. ¡Adios!...

LOPE. El alma te dejo,
Magdalena: haz que no llore.

ESCENA V.

MAGDALENA y MARÍA, por la casa de la derecha.

MAG. (¡En una hora, una vida!
¡Vamos, valor mío, acórreme!)

MAR. ¿Qué haces aquí, Magdalena?

MAG. Respirar feliz y ufana

el aire de la mañana.

MAR. (Examinándola.)
¡No eres buena!...

MAG. (Turbada.) ¿No soy buena?...

MAR. ¿Por qué ocultarme pretendes
lo que se esconde en tu alma?
¿Por qué con fingida calma
tu oculto pesar me vendes?

MAG. ¡Es que eso era ayer; y estoy
cambiada y lo vas á ver!

MAR. ¿Tanto va desde hoy á ayer?

MAG. ¡Mucho desde ayer á hoy!

MAR. ¿Y ya, según aseguras,
no estarás triste?

MAG, ¡No tal!

MAR. ¿Ni me ocultarás tu mal?

MAG. Ni le tendré...

MAR. (Con intención.) ¿No?...

MAG. (Turbada.) Me apuras
con tus preguntas amantes,
y ocultártelo no puedo...

MAR. Dímelo.

MAG. (Con ingenuidad.) ¡Es que tengo miedo
de volver á estar como antes!

MAR. ¿Cómo?

MAG. ¡Me puedes reñir
ó mi afán no comprender!

MAR. ¡Te escucho; vamos á ver
lo que me vas á decir!

(Se sienta en el banco, y Magdalena se coloca de pie á su lado.)

MAG. Madre, ¿cuántos años tengo?

MAR. ¡Diez y siete!...

MAG. ¡Muchos son!...

MAR. ¿Para qué?

MAG. ¿Ya la razón
llega á esa edad?

MAR. (Sonriéndose.) ¡No convengo!

MAG. ¡Edad es para pensar!

MAR. Aun no todo lo que baste.

MAG. (Con ingenuidad.)
¿Á cuántos años amaste?

MAR. ¡La pregunta es singular!
MAG. (Bajando la vista.)
Ella te explica el secreto
que en mi corazón vivía;
mi injusta melancolía,
mis lágrimas sin objeto.
Ella te dice que acierta
en temer que se la riña,
la que siendo hasta ayer niña
á ser mujer se despierta.
Ella te abre el corazón
que hasta hoy estuvo cerrado;
ella por si te he enojado,
te pide por mí perdón.
MAR. ¡Amas y tan niña eres!
¡Tal prisa á sufrir te das! (Con tristeza.)
MAG. ¿Sufren por amor quizás
todas las demás mujeres?
MAR. (Pensativa.)
¿Por qué no?
MAG. ¡No te comprendo!
MAR. ¡Ni comprenderme procures!
¿Amas ya?... ¡no me lo jures,
que en tus ojos lo estoy viendo!
MAG. ¿Y hago mal?
MAR. ¡Aún no lo sé!
¿Quién?...
MAG. (Bajándo los ojos.)
Lope.
MAR. Lo sospechaba.
MAG. ¿Y qué me dices?... Acaba.
MAR. Escucha... y te lo diré.
(Se levanta, coge á Magdalena, y después de ver que no las observan, la trae abrazada al proscenio.)
Magdalena, aquí has crecido
á la sombra de tu madre,
de aquí se marchó tu padre
sin haberte conocido.
MAG. Y murió...
MAR. Sin que en tu frente
estampara el primer beso;
por él y por mí... por eso (Conmovida.)

te los doy contínuamente.
(La besa en la frente.)
Yo quedé sola contigo:
por tu niñez he velado
y con mi pecho te he dado
mi sólo y único abrigo.
Dios, que por la hormiga vela
y que al torrente subyuga,
y las lágrimas enjuga
y los pesares consuela,
dispuso que el que en el templo
te dió el nombre de cristiana,
nos diera á la otra mañana
su habitación y su ejemplo.
Suya es la casa en que vives,
suyos tus escasos vienes,
suya la virtud que tienes
y suyo el sol que recibes.
Sé tú á su recuerdo fiel,
y bendigamos las dos
á aquel ministro de Dios
que está viviendo con él.

MAG. ¿Por qué recordar ahora
nuestra existencia pasada?

MAR. ¡Por tender una mirada
á ese Dios que nada ignora!
¿Amas mucho á Lope?

MAG. (Sin atreverse á hablar.) Yo...

MAR. ¿Aún no lo sabes decir?
Deja entonces transcurrir
algún tiempo más.

MAG. (Con expansión.) ¡Oh, no!
Él quiere hablarte.

MAR. ¿Y á qué?

MAG. Para pedirte mi mano.

MAR. Eres muy niña... es temprano.

MAG. ¡Él tiene prisa... sí á fé! (Avergonzada.)

MAR. No la tengas tú y espera.
¿Quién sabe si ese cariño
es más la ilusión del niño
que una pasión verdadera?

MAG. ¿Por qué ahogar mis alegrías?

MAR. ¿Quién sabe si con quererte
hará mal, ó si tu suerte
te guarda mejores días?
MAG. ¿No somos pobres?...
MAR. Si tal.
MAG. ¿Para qué soñar en vano,
si Lope al pedir mi mano
me ofrece amor y caudal?
MAR. Tu nombre...
MAG. ¡Harás que me asombre!
Todos me llaman con pena
«la huérfana Magdalena.»
¿Cuándo he tenido otro nombre?
MAR. ¿Y si acaso le tuvieras?
MAG. Á la clara luz del día
el mundo me le daría
y tú misma me le dieras.
MAR. Lope es de mil tierras dueño.
MAG. Noble es su amor y profundo.
MAR. ¡Tu nombre, que ignora el mundo,
para él es grande ó pequeño!
MAG. No te comprendo tampoco.
MAR. Óyeme bien.
MAG. Ya te escucho.
MAR. Huérfana tú, Lope es mucho:
noble tú, Lope es muy poco.
MAG. (Con ansiedad.)
¿Acaso la cuna mía
no es humilde?...
MAR. (Disgustada.) Magdalena,
con ese amor me das pena,
ya me hablarás otro día...
MAG. Pero ¿y si él ha comprendido
mi cariño y mi secreto?
MAR. Guárdese tu amor discreto
por si no es correspondido.
MAG. ¡Sí lo es!
MAR. Finge ignorarlo...
eso bien poco te cuesta...
MAG. ¡Y si me da por respuesta
que voy á desesperarlo!
MAR. No le oigas.

MAG. ¿Por qué me obligas
á usar mentiras infames?
MAR. No quiero yo que no le ames,
sino que no se lo digas.
MAG. Verá en mis ojos el llanto.
¡Si en mi lugar estuvieres!...
MAR. Ámale más si tú quieres,
mas no se lo digas tanto.
MAG. ¿Por qué?...
MAR. Si tu amor es loco
y á encontrar el suyo sales,
creerá que muy poco vales
cuando le cuesta tan poco.
MAG. ¡Ah!
MAR. ¿Tú lo harás?...
MAG. En mí fía.
¡Le querrás mucho!...
MAR. Lo creo,
si él te quiere...
MAG. Ya deseo
que venga...
(Mirando al pueblo.)
MAR. (¡Pobre hija mía!)
(Entra en la casa de la derecha. Aparecen por el monte el Conde y dos Monteros.)

ESCENA VI.

CONDE y MONTEROS.

CONDE. (Al bajar al proscenio.)
Registrad el pueblo entero;
de orden del infante vais.
Aquí aguardo; no volvais
sin don Tello y su escudero.
(Vánse los Monteros en dirección al pueblo.)
¡Siempre detrás de ese loco,
sirviendo á otro loco adusto!
Para eso hace falta gusto
y me va quedando poco.
¡Ira de Dios! ¡Cuánto afan
y cuánto tiempo perdido!

¡Cuántos ante mí han crecido
que ya caídos están!
¡Cuántos pusieron su pie
sobre mi cerviz altiva!
¡Cuántos al llegar arriba
negaron que los alcé! (Pausa.)
Aquí fué... mi amor menguado
con mi ambición luchar quiso;
¡loco amor! era preciso
que quedara derrotado.
Áun en mis noches sin sueño,
como evocación que pasma,
se me aparece un fantasma,
vago, flotante y risueño,
que mi juventud perdida
con su mano me presenta,
y me pide estrecha cuenta
de su amor y de su vida.
Aún me reclama mi nombre
que yo le dí al pie del ara...
¡Aún con su pálida cara
hace que al verla me asombre!
¡Vaga quimera... no he visto
aparición más tenaz!...
¡Duerman los muertos en paz!
(Llama á la puerta de la casa y aparece María.)
¡Há de casa!... ¡Jesucristo!
(Retrocede aterrado al otro lado del proscenio: María baja á la derecha con rapidez.)

ESCENA VII.

MARÍA y el CONDE.

MAR. (Con terror.)
¡Dios... el Conde!
CONDE. Sí... María...
¡Es ella!
MAR. ¡Es él, Dios clemente!...
CONDE. ¡Y ya han surcado esa frente
diez y siete años!
MAR. ¡Vivía!

Pausa. El Conde baja la cabeza y se acerca despacio á María, que ha quedado anonadada.)

CONDE. ¡Perdón!

MAR. ¡Perdón! ¿Y de qué?
¿De haber dejado ignorar
á una mujer el lugar
adonde su honra se fué?...
¿De haberla hecho presentir
la muerte del que ultrajó
su vida y la abandonó
sin querérselo decir?...
(Con sarcasmo.)
¡Perdón!... ¡Favor singular
fué no volveros á ver!...
(Transición.)
¡Si le pedis por volver...
ese... no os le puedo dar!

CONDE. Vos no erais noble, y si yo
vuestro nombre no admití...

MAR. (Con solemnidad.)
En el altar os le dí
y Dios allí le admitió.

CONDE. Un secreto casamiento
que falto de condiciones...

MAR. Bastó á unir dos corazones
en aquel sólo momento...

CONDE. Libres quedamos los dos,
si testigos no aseguran...

MAR. Entre dos labios que juran...
¿qué más testigos que Dios?

CONDE. Sólo el sacerdote Antonio
justificarlo podría;
muerto él, créelo, María
no existe tal matrimonio.

MAR. ¿Ni cuándo yo pretendí (Con dignidad.)
recobrar lo que me huyó?
¿Qué hacer con el nombre yo
del corazón que perdí?
Yo que escuché el juramento
que hoy vuestra vista despierta,
¿cuándo llamé á vuestra puerta
para pediros sustento?

¿Cuándo os he ido á reclamar
con frío y con hambre, al fin,
mi plato en vuestro festín
y mi silla en vuestro hogar?

CONDE. ¿Y nunca has soñado en ser
mi esposa á la luz del día?

MAR. ¡Vuestra ambición no entendía
el alma de esta mujer!
Yo os amé; la mía os dí,
y amando en vos solo al hombre,
se me olvidó vuestro nombre
desde el día en que no os ví.
Diez y siete años pasaron,
¿hoy sois más noble que ayer?
Mis ojos no os han de ver
como otro tiempo os miraron...
Nada existirá mañana
de un ayer que se abandona
entre el Conde de Letona
y María la villana.
¿Quién sois?... ¿Qué me importa á mí?
¿Quién soy?... ¿Qué os importa á vos?
Caballero .. guárdeos Dios
como me ha guardado á mí.
(Se dirige á la casa: el Conde la detiene.)

CONDE. ¿Qué quereis?

MAR. (Con dignidad.) ¿Qué os he pedido?
(Con amargura.)
¡Pasaron mis penas todas:
el testigo de mis bodas
es el que me ha socorrido!

CONDE. ¿Y nada que más os cuadre
que esa vivienda anhelais?

MAR. Conde, que nunca volvais
á pisar su puerta...

MAG. (Dentro.) ¡Madre!

MAR. ¡Ah! (Aterrada.)

CONDE. ¡Qué! (Con agitación.)

MAR. (Acercándose.) ¡Ya voy, Magdalena!

CONDE. (Deteniéndola.)
¿Madre han dicho?...

MAR. (Turbada.) No por cierto.

CONDE. ¡Oh, mi corazón despierto
quiere romper su cadena!
¡Esa voz me ha estremecido!
Yo que eras madre ignoré
el día que te dejé.

MAR. Muy tarde lo habeis sabido.

CONDE. ¿Luego es cierto? ¿Luego existe
un sér que alienta á mi aliento,
(Con agitación cada vez más creciente.)
que puede dar el contento
á la existencia de un triste?
¡Ah! María, quiero verla,
y en mis brazos estrecharla,
y á quererme acostumbrarla,
y acostumbrarme á quererla.
¡Qué mayor expiación
que haber vivido ocultándome
que había aquí un sér llamándome
padre de mi corazón!

MAR. ¡Su padre murió!

CONDE. ¿Su padre?
pero es que yo quiero serlo... (Con fuego.)

MAR. ¡Ah, vos!... no puedo creerlo...

CONDE. Compréndeme, si eres madre.
(Con acento solemne y con agitación.)
El mundo impone deberes
que impiden nuestra alianza,
y que á comprender no alcanza
el alma de las mujeres.
Tú no puedes ser mi esposa
á la faz del mundo entero...
es mi fortuna primero...
pero tu hija... ¡es otra cosa!
¿No soñaste para ella
una espléndida fortuna?
¿no la viste cual ninguna
rica, venturosa y bella?...
¿No anhelas verla escogida
para una suerte que asombre?
¿no quisieras darla un nombre
aun á costa de tu vida?...

MAR. Sí... (Sin comprenderle.)

CONDE. ¿No quieres que á ella aspiren
los más grandes de Castilla,
y que doblen la rodilla
los nobles cuando la miren?

MAR. ¡Sí!

CONDE. ¿Quieres que en sus cabellos
brille la condal corona
de la casa de Letona,
entrelazada con ellos?

MAR. ¡Oh, sí!

CONDE. ¿Qué yo sea su padre
aunque imposibles exija?

MAR. ¡Oh, sí, sí, sí!

CONDE. (Con rapidez.) ¡Hazla mi hija,
y renuncia á ser su madre!

MAR. ¡Yo!... no acierto á comprender...
¿Qué es lo qué quereis decir?... (Temblando.)

CONDE. Hazla conmigo venir...
¡no la vuelvas más á ver!

MAR. (Con un grito desgarrador.)
¡Yo!... ¡no verla!... ¡que la olvide!
¡que ella no me ame tampoco!
¡Vamos!... este hombre está loco
(Con rapidez.)
¡y no sabe lo que pide!

CONDE. Pido que la des un padre...

MAR. ¡Decid que quereis mi vida!...

CONDE. ¡Todo una madre lo olvida!

MAR. Todo, sí... ¿menos ser madre! (Pausa.)

CONDE. Sea; cese tu querella;
contémplala sus placeres,
sé tú su madre, si quieres,
pero que lo ignore ella.

MAR. (Con voz ahogada.)
Explicaos...

CONDE. Si su suerte
por tu voluntad se fija,
ocúltala que es tu hija
hasta el día de tu muerte;
dila que su padre soy,
y tú... la que la ha criado...
dí que su madre ha cesado

de existir...

MAR. (Con desaliento.) Sí... ¡ha muerto hoy!

CONDE. De esa manera estarás
siempre, lo juro, á su lado,
de su alcoba, su tocado,
su mesa disfrutarás;
no te apartarás un día
de ella, como no te cuadre;
seguirás siendo su madre...

MAR. ¡Y ella no será hija mía!

CONDE. Amor egoista es
el tuyo, si retrocedes...
si verla á tu gusto puedes,
¿la amarás menos después?

MAR. ¡Ella no amarme pudiera!...

CONDE. Entonces ve á confesarla
que no la amas por amarla,
sino porque ella te quiera.

MAR. (Horrorizada.)
¡Oh, no, no!

CONDE. Dí que no es cierto
tu amor de todos los días,
dí que en tu mano tenías
su fortuna, y la has abierto.

MAR. ¡Es que ella por darse un padre
no matara mi existencia!

CONDE. Ahí está la diferencia
que hay de ser hija á ser madre.

MAR. ¡Dame tú fuerzas, gran Dios!
¡Inspírame en este abismo!

CONDE. ¡Ella te amará lo mismo,
y yo la amaré por dos!

MAR. ¡Ah! (Desfalleciendo.)

CONDE. Sólo así tendrá un nombre...
¡piensa en tu amor y en su dicha!

MAR. (¡Por qué, para mi desdicha,
me ha vuelto á encontrar este hombre!)
(El Conde se retira por la derecha. María recobra su energía apenas se ve sola, y comienza la lucha que ha de sostener hasta el fin del acto.)

ESCENA VIII.

MARÍA.

¡Imposible! .. ¡no será!...
¿y yo sacrificaré
su porvenir?... No lo sé...
no lo entiendo...

MAG. (Dentro.) ¡Madre!

MAR. (Retrocediendo.) ¡Ah! (Al verla.)

ESCENA IX.

MARÍA y MAGDALENA, por la casa.

MAR. (¡Es ella... cual nunca bella!)

MAG. ¿Con quién has hablado tanto?
(Examinando la escena, y á su madre.)
¡En tus mejillas hay llanto!
¿Qué es esto?...

MAR. (Con energía desesperada.)
(¡Todo por ella!)
¿Llanto? será de alegría... (Sonriendo.)
¿Este afán no lo demuestra?...

MAG. ¡Oh, tu sonrisa es siniestra!...

MAR. (¡Me conoce... es hija mía!...)

MAG. ¿Dí... qué es lo que tienes, madre?...

MAR. (Agitada.)
(¡Pronto!) Ten valor...

MAG. ¿Qué pasa?...
¿El que pisó nuestra casa
qué te ha traido?...

MAR. (Con rapidez.) ¡Á tu padre!

MAG. (Fuera de sí.)
¡Mi padre vive!

MAR. (Con abatimiento.) ¡Eso es!

MAG. ¿Y voy á verle?...

MAR. Sí tal...

MAG. ¡Si me engañas, haces mal!...

MAR. ¿Tú mi alegría no ves?...
¿no ves, no ves que mi risa

mi labio apenas contiene?...

MAG. ¡Mi padre!... ¿y á vernos viene?
¡Cuéntalo todo y de prisa!...

MAR. Tu padre, que desterrado
en luengas tierras vivía...
(Sintiendo que le faltan las fuerzas.)
Este suceso, hija mía,
es largo para contado;
pero lo más príncipal
es que sepas un secreto,
que á tu corazón discreto,
negué siempre y hice mal...
Por si era tu padre muerto...
y... huérfana te miraba...
(Haciendo un violento esfuerzo sobre sí.)
Yo... por tu madre pasaba..

MAG. (Sin comprender.)
¡Por mi madre!

MAR. ¡Sí... y... no es cierto!

MAG. (Mirándola de hito en hito.)
¿Qué no eres mí madre?

MAR. (Con entereza trágica,) No.

MAG. ¿Qué no soy tu hija?

MAR. Eso es.

MAG. (Queriendo tocarla la frente.)
¡Oh, tu razón!...

MAR. (Riendo.) ¡Pues no ves
que te lo aseguro yo!

MAG. ¿Qué lo que siento por tí
no es el cariño filial,
y que tu voz maternal
no debe hallar eco en mí?
¿Que vivo diez y siete años
sin que mi afecto te asombre,
y que debo darte el nombre
y el amor que á los extraños?

MAR. (Sosteniéndose apenas.)
Sí.

MAG. ¿Y es fuerza que rehuya
tomar mi parte en tus penas?
¿La sangre que hay en mis venas
dices que no es sangre tuya?...

¿Conque al llamarte yo «¡madre!»
no me dirás «¡hija mía!»

MAR. (Sin poder contenerse precipitándose en sus brazos.)
¡Hija mía!
(Dominándose.) Así decía
hace un momento tu padre.

MAG. (Aterrada.)
¡Oh... noticia singular!

MAR. (Corriendo á ella y cogiéndola de la mano.)
¡Yo en mi seno te he criado,
yo por tu sueño he velado,
yo te he enseñado á rezar:
yo en tus labios infantiles
ví balbucear por horas
sílabas encontadoras
que pagué en caricias miles!
¡Yo... más que tu madre acaso,
que era muy desventurada,
(Sollozando.)
ví tu primera mirada
y ayudé tu primer paso!

MAG. ¿Siempre estuviste conmigo?

MAR. ¡Siempre!

MAG. ¿No te vió mi padre?
¡Eres mi madre, mi madre!

MAR. ¡Oh!

MAG. ¡Cuando yo te lo digo!

MAR. ¡No lo soy!

MAG. Y bien, ¡qué importa
que no me hayas dado el sér...
si tu voz desde el nacer
al amor y al bien me exhorta!
¡Si yo otra voz no he oído,
ni otro nombre he pronunciado,
ni otro semblante he besado,
madre, desde que he nacido!
¡que venga mi padre, sí!
¿Celos acaso tendrás?...
¡Si yo no puedo amar más
de lo que te quiero á tí!
(Con un grito de amor la abraza y la besa.)

MAR. (Con rapidez y alegría.)
(¡Ah, Dios bendito y clemente,
por este inmenso placer
recibe todo mi sér
padeciendo eternamente!)
(Entra el Conde por la derecha.)

ESCENA X.

MARÍA, MAGDALENA y el CONDE, que viene por el foro seguido de D. TELLO y los MONTEROS.

MAG. ¡Vuelva á tu pecho la calma,
que esa idea no te aflija!
MAR. (Viendo al Conde, con resolución.)
¡Señor Conde, vuestra hija!
MAG. (Corriendo á él.)
¡Oh, mi padre!
CONDE. (Abrazándola.) ¡Hija del alma!
MAG. (Echándose en brazos de su padre.)
(¡Un Conde! ¡Ah, Lope!)
TELLO. ¡Qué escucho!
CONDE. Esto es, don Tello, encontrar
una hija á quien amar...
¿Verdad que es hermosa?
TELLO. Y mucho.
CONDE. (Á Magdalena.)
Tú regeneras mi historia.
TELLO. Séaos el cielo propicio.
MAR. (Mirando al cielo.)
(¡Coloca mi sacrificio
en el umbral de tu gloria!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitación del palacio del Conde, ricamente amueblada. Puerta al foro y laterales.

ESCENA PRIMERA.

CONDE sentado, MAGDALENA, de pie á su lado, ricamente vestida.

CONDE. ¿Pero en tu ser no sentías
el vago anhelar incierto
de un porvenir más brillante,
y de un nombre más excelso?

MAG. (Con melancolía.)
Ni nombre ni padre tienes,
desde niña me dijeron,
y ni en mi padre pensaba
ni echaba el nombre de menos.

CONDE. ¿Jamás .. la que con el nombre
de madre, en tus años tiernos
por tí ha velado, te hablaba
de tu orígen?

MAG. Si el secreto
de mi vida poseía,
me lo ocultó, y fué hecho.

¡Para qué infiltrar el gérmen
de la ambición en mi pecho,
si yo era feliz villana
y noble puedo no serlo!

CONDE. ¡Tú feliz en el oscuro
horizonte de aquel pueblo,
que escondido entre peñascos
gime perezoso y muerto!
¡Tú sin soñar al mirarte
en aquel recinto estrecho,
en un más allá de gloria
y fortuna gigantesco!
¡Tú sin desear hallarte
en más ricos aposentos,
cambiando tu traje humilde
por ese tocado espléndido!
¿Tú sin sueños en la mente,
tú sin perlas sn el cuello
y eres mi hija? ¡Parece
imposible y lo estoy viendo!

MAG. Sin más casa que una choza,
sin más palacios que un huerto,
como mi existencia pobre,
como sus flores pequeño;
sin más luz que la del día,
sin más padre que el del cielo,
ni más joyas en la frente
que mis castos pensamientos;
diez y siete años cumplidos
pasé, padre, en aquel pueblo,
de donde salí llorando...
(Conmovida.)
del que llorando me acuerdo.
Mi madre—si no es mi madre—
(Al ver un movimiento de sorpresa del Conde.)
yo como á madre la quiero;
diez y siete años me ha dado
su compañía y sus besos.
Mi madre que al ver sin duda
vuestro increíble silencio,
—como hoy á quereros vivo,
me enseñó á quereros muerto,—

jamás me habló de mi cuna,
y mis años trascurrieron
sin encerrar en mi alma
esperanzas ni recuerdos.
Ver á la luna ocultándose
entre la falda del cerro,
admirar al sol dorando
los álamos corpulentos,
coger en la primavera
las amapolas del huerto;
trabajar junto á la lumbre
del hogar en el invierno,
esa fué toda mi vida,
y así mis años primeros,
humildes, como el arroyo
que humilde corre, corrieron.

CONDE. (Levantándose.)
Placeres desconocidos
son para mi todos esos,
y te juro que á mi lado
no los echarás de menos.
Aquí tendrás cuanto pueda
halagar tu pensamiento;
diamantes para tu frente,
flores para tu cabello,
brocado para tus trajes,
coche para tu paseo.
Todo lo tendrá la hija
que hoy á mis brazos ha vuelto,
apenas juegue en sus labios
la sonrisa de un deseo.

MAG. (Echándose en sus brazos.)
¡Oh, padre!

CONDE. ¿Por qué tus ojos
pagan con llanto mis besos?

MAG. ¿Y seré feliz tan noble
y tan rica?

CONDE. ¿Dudas eso?

MAG. ¡Como no conozco el fausto
ni la córte... tengo miedo!

CRIADO. (Por el foro.)
Ahí don Tello de Meneses

aguarda.

CONDE. Que entre al momento.
enjuga tus ojos...

MAG. (Sollozando.) (¡Lope!)

CONDE. ¡Guárdeos Dios!

TELLO. ¡Y á vos el cielo!

ESCENA II.

DICHOS y D. TELLO.

CONDE. ¿Es vuestra venida grata?

TELLO. Juzgad vos mismo.—Primero
permitid que á vuestra hija
llegue á ofrecer mi respeto.—
(Acercándose á Magdalena.)
¿Pláceos la córte?

MAG. No he visto
nada de ella.

TELLO. Sí, cual creo,
vivísteis siempre alejada
de su monótono aspecto,
mucho el campo y el ambiente
echareis aquí de menos.

MAG. ¡Mucho!

TELLO. Y haceis, por mi vida,
perfectamente en hacerlo.
El que tiene el alma libre
y elevado el pensamiento;
el que respirar anhela
el aire, la luz y el cielo,
entre el artesón dorado
de estos ricos aposentos,
raquítico juzga el día
y el horizonte pequeño.

CONDE. ¡Ya corre por el espacio
el indomable montero!

TELLO. Quien no se ahoga en la córte
tiene reducido el pecho.

MAG. Daros la razón aguardo.

CONDE. Magdalena...

MAG. Ya me alejo.

(Saluda y se dirige á la derecha: D. Tello la acompaña.)

TELLO. (Ap. á Magdalena.)
(¡Ó es muy pronto ó es muy tarde!)

CONDE. (¡Vive, ambición!)

MAG. (¡No le entiendo!)
(Vase por la derecha.)

ESCENA III.

CONDE y TELLO.

CONDE. Hablad.

TELLO. (Mirando á la derecha.)
¡Bella es vuestra hija!

CONDE. ¡Mirad que impaciente espero!

TELLO. Ya sabeis que el Conde-Duque
siempre me quiso en extremo,
y que niega pocas veces
lo que otras pocas le ruego.
Recibió con extrañeza
la noticia del encuentro
de vuestra hija; quería
conocer más el misterio
y preguntó por su madre.

CONDE. ¡Ya le habreis dicho que ha muerto!

TELLO. Sí, como vos me dijisteis.

CONDE. Y por último...

TELLO. Accediendo,
más que á vuestras reflexiones,
á mis súplicas—pues creo
que mucha afición no os tiene—
me dijo: «Ved al momento
»al Conde y aseguradle
»que su petición concedo.
»Dama de la reina joven,
»según quiere, á su hija haremos;
»venga á palacio mañana;
»cúmplanse vuestros deseos.»

CONDE. ¡Oh, gracias, Meneses, gracias:
por ese favor, don Tello,
contad con mi alma y mi vida!

TELLO. ¿Quereis que francos hablemos?
CONDE. ¿Por qué no?
TELLO. Ya conoceis
lo que hay de raro en mi genio,
y así no podrá extrañaros
si os hablo audaz y resuelto.
—Conde, ni el ministro os ama,
ni yo, francamente, os quiero;
son distintas nuestras almas
y nuestros gustos diversos.
Mas os diré: por instinto,
aunque incomprensible, cierto
miedo en mi alma os tuviera,
si yo conociese el miedo.
Ahora bien: ¿no habeis creído
que al atender vuestro ruego,
al procurar obligaros
y realizar vuestro intento,
había un cambio increible
en mi carácter de hierro?
CONDE. Aunque nunca dí motivo
para que me odie don Tello,
que he visto ese inexplicable
cambio en vos digo y confieso.
TELLO. Siempre las causas pequeñas
producen grandes efectos;
y si vos, tal me habeis dicho,
por saber mi paradero
el otro dia encontrásteis
á vuestra hija, yo temo
que al encontrar vos la calma,
haya yo perdido el seso.
CONDE. Explicaos.
TELLO. Mi apellido,
hijo de ilustres abuelos,
me hace tan hidalgo y noble
como á vos os hace el vuestro.
Ni mi fortuna es escasa
ni escaso mi valimiento,
y el amor con que Olivares
paga el que yo le profeso,
hará que honre con mercedes

un día mí casamiento.
Si hasta hoy afecto no os tuve,
yo os daré desde hoy mi afecto;
si mi amistad no os he dado,
dárosla desde hoy prometo.
¿Quereis darme por esposa
á vuestra hija?

CONDE. No acierto
á contestaros ahora,
aunque la oferta agradezco.
Si al cabo de tantos años
hoy en mis brazos la estrecho,
¡he de volver á perderla,
don Tello, en tan poco tiempo!

TELLO. No para hoy os la pido.

CONDE. ¡Extraño amor es el vuestro!
¿La conociais acaso
antes que yo?...

TELLO. No por cierto.
Mas yo por mis impresiones
de un día llevar me dejo;
y como he conseguido
siempre lo que me he propuesto,
en mí soñar un capricho
es anhelarlo y tenerlo.

CONDE. Mucho me halaga la oferta,
y ya hablaremos en ello.

TELLO. Hablemos pues. (Pausa.)

CONDE. (¡Sí... qué dudo!...
Ella feliz... yo...) Don Tello,
la venia para esta boda
pedir al monarca debo.

TELLO. Venid conmigo á palacio,
y juntos así lo haremos.

CONDE. Bien entendido, Meneses,
que á su lado vivir quiero.

TELLO. Ved mi mano.

CONDE. Esta es la mía.
(¡Loca fortuna!...) ¡Silencio!
(Al ver á María.)

ESCENA IV.

DICHOS, MARÍA, por la iquierda, con el traje del primer acto.

CONDE. Decid, María, á mi hija,
mientras de palacio vuelvo,
que su majestad la nombra
dama de la reina.

MAR. ¡Cielos!
(Con interés.)
¡Á Magdalena!

CONDE. (Con intención.) Á mi hija,
ciertamente.—Que dispuestos
tenga para ir á la córte
mañana, joyeles nuevos.

MAR. Voy á decírselo al punto.

CONDE. Vuestra alegría comprendo.
(Á D. Tello.)
Es natural; ha velado
por su niñez, y por eso
la he traído con nosotros.

MAR. Gracias, señor Conde.

CONDE. Luego
podré darla otra noticia
más importante... os espero...

TELLO. Cuando querais. (¡Es extraño...
noto en su rostro!.. ¡Qué es esto!)
(Vánse los dos, después de mirar fijamente á María.)

ESCENA V.

MARÍA.

¡Rápida da en comenzar
la fortuna para ella!
¿Qué me importa su abandono
como yo feliz la vea?
¡Feliz! ¿pero acaso tengo
yo de su ventura pruebas?...
Al abandonar la casa
que guardó su edad primera,

¿no humedeció sus umbrales
con sus lágrimas acerbas?
¿No llora desde que vive
en esta morada régia,
y lo que es más, no me oculta
sus suspiros y sus penas?
Ya que por verla dichosa
sacrifiqué mi existencia,
si dichosa no la miro,
¡qué es lo que he hecho por ella!

ESCENA VI.

MARÍA y LOPE, por el foro.

LOPE. (Deteniéndose.)
¡Su madre!
MAR. ¡Lope!
LOPE. ¡Yo soy!
MAR. (Con rapidez.)
(¡Ah, ya recuerdo!... ¡será
por eso infeliz quizá!)
(Observándole con interés.)
¡Pálido estais!
LOPE. (Dominándose.) ¡Sí lo estoy!
Enfermo guardóme el lecho
al marcharos de Espinosa,
más mi salud vigorosa
vuelve á vivir en mi pecho.
Y esta palidez, María,
(Con naturalidad.)
—perdonad, así os llamaba—
es lo poco que guardaba
mi enfermedad todavía.
MAR. Llamarme podeis aún
del mismo modo que ayer:
¿mi traje no os da á entender
que soy la misma?
LOPE. (Con amargura.) Según.
Ó el pueblo, que como todos
da rienda suelta á su boca,
en sus juicios se equivoca

mintiendo de varios modos,
ó Magdalena y María,
al dejar abandonada
la venturosa morada
que las guardó hasta aquel día,
nombre y fortuna trocaron
por más elevado puesto...
debe ser verdad, supuesto
que la suya nos dejaron.

MAR. Lope, el Conde de Letona
es padre de Magdalena:
desterrado en tierra agena
no supe de su persona;
pero á su patria al volver
su hija me reclamó.

LOPE. ¿Vos no sois su madre? (Sorpresa.)

MAR. No.

LOPE. (Queriendo retirarse.)
Nada tengo aquí que hacer.

MAR. (Con ansiedad y deteniéndole.)
¿Ella ignorando su cuna
dió á vuestra pasión oído?

LOPE. Yo se la había ofrecido
con mi mano y mi fortuna.
¿Por qué ocultarla, señora,
que quererme no podía?
¿qué no se pertenecía
ni se pertenece ahora?
¿Por qué enseñarla á vivir
entre aquel mezquino monte
si tenía otro horizonte
más grande su porvenir?
(Con desesperación.)
¿Por qué dejarla crecer
entre sus flores, señora,
si aquellas flores ahora
ya no han de volverla á ver?
¿Cómo habrá en ella alegría
ni en mí bienestar y calma
si yo tengo aquí su alma
y ella se trajo la mía? (Con fuego.)

MAR. ¿Tanto es vuestro amor?

LOPE. (Con pasión.) ¿Qué es tanto?...
Preguntádselo á su pecho,
MAR. ¡Dios de Dios! ¡Qué es lo que he hecho,
desventurada! (Fuera de sí.)
LOPE. (Sorprendido.) ¡Ese llanto!
MAR. ¡Cómo he de ver sin dolor
que no hay esperanza alguna,
si yo al darla la fortuna
he asesinado su amor!
LOPE. Adios, María: no más
os turbará mi presencia.
Parto; decidla en mi ausencia
que no he de verla jamás.
Que cumpla fiel el destino
que su nobleza la impone,
decidla que me perdone
si atravesé su camino.
Que no me tema indiscreto
(Con amargura.)
con su amor, porque en la guerra
siempre hay un rincón de tierra
donde enterrar un secreto.
MAR. ¡Oh! es que si vos sucumbís
por no acibarar su suerte,
si ella sabe vuestra muerte,
si ella os ama cual decís,
guardará en su corazón
para quien la haya otorgado
la suerte que no ha buscado,
su odio y su maldición.
Y yo su llanto veré
(Fuera de sí.)
sus párpados abrasar,
y al quererla consolar
yo su maldición oiré.
«Por tí, me dirá su acento,
»el suyo ya no resuena,
»por tí perdió Magdalena
»su ventura y su contento;
»por tí al que quise no miro,
»por tí el dolor me acompaña,
«por tí Lope en tierra extraña

»lanza su último suspiro.»
¡Oh! yo vivir no podría
con tan horrible tormento...
Lope... esperad un momento...
¡no, hija mía... no, hija mía!
(Vase por la derecha con desesperación.)

ESCENA VII.

LOPE, á poco TELLO.

LOPE. ¿Qué irá á hacer?... Todo es peor.
¡Oh, si la llego á mirar
las fuerzas me han de faltar...
irme de aquí es lo mejor!—
Olvidemos el camino
por donde fuímos los dos.
(Dirigiéndose al foro.)
¡Adios, Magdalena, adios!—
(Viendo á D. Tello por el foro.)
¡El montero!

TELLO. ¡El campesino!
¡Vos en la córte y aquí!...
¡Ah, ya comprendo! ¿Vinisteis
á ver á quien conocisteis
siempre en Espinosa?

LOPE. Sí.

TELLO. (¿Si sabrá?...)

LOPE. (Si le hablo yo,
tal vez me dará su ayuda.)

TELLO. ¿Allí sabriais, sin duda,
el secreto de ambas?...

LOPE. No.

TELLO. Según eso, ¿se ignoraba
que era hija Magdalena
del Conde?

LOPE. Sí.

TELLO. En hora buena
vinisteis. (Con alegría.)

LOPE. (Con sarcasmo.) No lo esperaba.

TELLO. Yo que obligado os estoy
desde el día en que os hablé,

¿Pediros, Lope, podré
otro nuevo favor hoy?

LOPE. Pedidle, que yo también,
puesto que á la corte vengo,
otro que pediros tengo.

TELLO. ¡Dadle por logrado!

LOPE. ¡Bien!

TELLO. El mío es de poca monta,
y hareis que me satisfaga
si á las preguntas que os haga
quereis dar respuesta pronta.

LOPE. Decid.

TELLO. Contad brevemente
cuanto sepais de esta historia.

LOPE. Á atormentar mi memoria
vais, señor, seguramente.

TELLO. ¡Cómo!

LOPE. Hacerlo no quería.

TELLO. ¿Por qué lo sentís?

LOPE. Lo siento,
porque si esa historia os cuento
os voy á contar la mía.

TELLO. (Sorprendido.)
¡La vuestra!

LOPE. Teneis razón
en admiraros así;
¿qué os puede importar de mí,
en toda esa explicación?

TELLO. Misterioso estais y oscuro.

LOPE. Preguntad por lo demás,
y de mí no hablemos más.

TELLO. Mal mi deseo aseguro
escuchando al narrador
que tiene en mí tal imperio,
si al aclarar un misterio
me presenta otro mayor.

LOPE. Preguntad cuanto querais,
pero en mí no os ocupeis. (Secamente.)

TELLO. ¡Misterioso respondeis!

LOPE. ¡Indiscreto preguntais! (Pausa.)

TELLO. Sea.—¿Qué cuenta Espinosa
de las que habiendo dejado

su recinto han encontrado
fortuna más venturosa?

LOPE. Que hospitalidad pidieron
á sus vecinos un día
en que la nieve caía
sin cesar, y se la dieron.

TELLO. Dadme más luz que me alumbre.
Vuestros padres...

LOPE. Dice el mío
que tenían hambre y frío,
y les dieron pan y lumbre.

TELLO. Después...

LOPE. La niña creció
siempre de su madre al lado.

TELLO. ¡De su madre!... ¿Y su pasado?...

LOPE. Nadie se lo preguntó.

TELLO. ¡Extraño es que no se cuide
un pueblo de quien le sobre!

LOPE. ¿Le preguntais vos á un pobre
por qué una limosna es pide?

TELLO. Después...

LOPE. Honradas vivieron;
como hermanas las juzgábamos,
y todos las respetábamos
hasta el día que se fueron.

TELLO. ¿Y después?

LOPE. Vos lo sabreis.
Dicen que un Conde llegó
que á su hija descubrió,
y no más.

TELLO. ¡Poco sabeis!
¿Pero pasaba por madre
de Magdalena María?

LOPE. Bien no ser cierto podría
si así lo dice su padre.

TELLO. Aunque bien poco en rigor
de nuevo me habeis contado,
os quedo siempre obligado.
Pedidme vuestro favor.

LOPE. Quiero á la guerra partir
de Flandes ó Portugal.

TELLO. Sin duda os quereis muy mal.

¿Qué vais buscando?

LOPE. Morir.

TELLO. Joven para desengaños
sois, á menos que la suerte
no os trate muy mal.

LOPE. La muerte
no mira nunca los años.
Ved si podeis alcanzar
que mi anhelo no destruyan,
y que en los tercios me incluyan
que mañana han de marchar.

TELLO. Sí lo haré, por más que sienta
ignorar lo que á ello os mueve.

LOPE. Dejad que el viento se lleve
el pesar que me atormenta.

TELLO. ¿Dónde pregunto por vos?

LOPE. En la casa de la Estrella.

TELLO. Dios os dé fortuna.

LOPE. ¡Es ella!
(Aterrado al ver á Magdalena.)

MAG. (¡Ah, Lope!)
(Queriendo correr á él, y deteniéndose al ver á D. Tello.)

LOPE. ¡Gracias, y adios!
(Á D. Tello, que los observa, y saludando á Magdalena.)

ESCENA VIII.

TELLO y MAGDALENA, por la derecha.

MAG. ¡Ah! (Anonadada.)

TELLO. ¿Qué teneis?

MAG. No lo sé.

TELLO. ¡Estais pálida!

MAG. ¡Quizá!

TELLO. (Ese hombre...)

MAG. ¿Por qué se va
el que os hablaba?

TELLO. ¿Por qué?...
confesarme no ha querido...

MAG. (Con ansiedad creciente.)

Y adónde...

TELLO. Á la guerra ha de ir
según me ha dicho, y partir
mañana mismo ha pedido.

MAG. (¡Oh!)

TELLO. Vos, que sin duda alguna
leisteis en su semblante,
(Con intención.)
¿no sabeis por qué ese amante
busca tan negra fortuna?

MAG. No tal.

TELLO. Sed franca conmigo,
que yo adivino os prevengo.

MAG. Nada que deciros tengo.

TELLO. ¡No me quereis por amigo!

MAG. (Con despego.)
Dejadme por compasión,
que ni os conozco, ni sé...

TELLO. Entónces yo buscaré
una clara explicación.

MAG. ¡Oh! ¡Qué me quereis!

TELLO. Oir
la confesión de ese pecho.

MAG. ¿Quién sois, y con qué derecho
me estais haciendo sufrir?
¡dejadme!

TELLO. No sin deciros
que ya el derecho me asiste
de aliviaros si estais triste,
y de amaros y serviros.

MAG. ¡Vos! (Sorprendida.)

TELLO. Yo, aunque mal os cuadre,
velo por vuestro reposo.

MAG. ¡Vos!

TELLO. Yo, que soy vuestro esposo
por orden de vuestro padre.

MAG. ¡Vos... mi esposo!... Eso no es cierto.

TELLO. Os lo juro.

MAG. (Con acento desgarrador.)
¡Madre mía!

TELLO. ¡Yo creí que no vivía
vuestra madre! (Mirándola fijamente.)

MAG. (Desesperada.) Porque ha muerto
ella al mirarme sufrir...
TELLO. Confesadme ese pesar.
MAG. ¡Salid!—Dejadme llorar.
TELLO. No os tendreis que arrepentir...
MAG. ¡Oh, salid, por compasión!
TELLO. ¿Lo quereis? Sea enhorabuena.
Dios os guarde. (Vase.)
MAR. (Saliendo con rapidez por la derecha.)
¡Magdalena!
MAG. (Echándose en sus brazos)
¡Madre de mi corazón!

ESCENA IX.

MARÍA y MAGDALENA.

MAR. Yo...
MAG. (Apartándose.)
¿Y á qué os doy ese nombre,
si nada podeis hacer?
MAR. ¿Qué tienes? Quiero saber
qué es lo que te ha dicho ese hombre.
MAG. ¡Oh, nada! No tengo nada.
MAR. ¡No me lo ocultes, por Dios!
MAG. ¿Y qué podeis hacer vos?
MAR. ¡Qué puedo, desventurada!
MAG. Si mi mal no has de aliviar,
¿porqué lo quieres oir?
MAR. ¿No me lo quieres decir?
¡Yo lo sabré adivinar!
MAG. ¡Tú adivinar lo quo siento,
aunque ocultarlo me cuadre!
¿Cómo, si no eres mi madre?
MAR. Disfraza tu sentimiento
y yo leeré en tus pupilas,
que giran desordenadas,
mil lágrimas apiñadas,
que se asoman intranquilas.
Yo escucho ese corazón
en mil latidos deshecho,
que quiere romper el pecho

que le sirve de prisión.
Y veo en él, al saber
quién ese dardo le lanza,
la muerte de una esperanza
que en él has visto al nacer.
¡Niégame aún tu confesión,
niega tu dolor profundo,
si leo á través del mundo
en tu mismo corazón!

MAG. ¡Ay de mí!

MAR. Mas todavía;
aunque tu madre murió
estoy en el mundo yo
y te he llamado «hija mía.»
Aún el cielo no ha deshecho
nuestras antiguas cadenas,
aún tengo sangre en mis venas
y suspiros en mi pecho.
Aún en el dolor sumida
puedo hacer por consolarte,
aún tengo el alma que darte
ya que te he dado la vida!

MAG. ¡Tú!...

MAR. Cierto. ¿No te he criado?

MAG. ¿Y qué harás?

MAR. Pedir al cielo
inspiración y consuelo,
que nunca me le ha negado.

MAG. ¡Dios es justo!

MAR. Á Él te someto,
verás que á tu voz responde.

MAG. ¡Bendita seas!

MAR. (Mirando al foro.) ¡El Conde!

MAG. ¡Ah!

MAR. Vete.
(Empujándola á la derecha y con voz ronca.)

MAG. ¿Qué intentas?

MAR. Vete.

ESCENA X.

CONDE y MARÍA.

CONDE. ¿Por qué alejais á mi hija?
MAR. Porque hablaros necesito.
(Movimiento del Conde.)
Si con mi ruego os irrito
me obligais á que os lo exija.
CONDE. ¡Agitada estais, por Dios!
Tranquilizaos. ¿Qué pasa?
MAR. Desde que entré en vuestra casa
no he podido hablar con vos,
y ahora es fuerza que me oigais.
CONDE. Ya os escucho. ¿Qué quereis?
MAR. ¡Que vuestras puertas cerreis!
(Con creciente agitación y voz ahogada.)
CONDE. Por Dios, que molesta estais.
MAR. Conde, mi hija es desdichada,
mi hija sufre á vuestro lado.
Conde, ¿para qué os la he dado?
¡Oh! no me respondais nada.
Sé que vuestra alma ambiciosa
(Con agitación creciente, aunque reconcentrada.)
llantos de amor no se explica;
sé que con hacerla rica
la creis ya venturosa.
Vos no creereis fácilmente,
aunque la veais de hinojos,
que tengan llanto sus ojos
teniendo perlas su frente.
Pero yo que pobre he sido
y que pobre la he criado,
ella que pobre ha llorado
y pobre os ha conocido;
sentimos un más allá
que el fausto y que la riqueza;
donde la ventura empieza
no llega el oro quizá.
Yo, que acepté un sacrificio
mayor que la humana vida,

quiero, Conde, que en seguida
pagueis aquel beneficio.
(Con energía.)

CONDE. De esta escena singular
que digais la causa espero.

MAR. Mi hija llora, y yo no quiero
ver á mi hija llorar.
(Con desesperación.)

CONDE. ¿Acaso porque la doy
esposo que la asegure
mayor brillo, y que procure
por ella... mal padre soy?

MAR. (Con entereza.)
¿Consultasteis de su pecho
su voluntad y su llanto?

CONDE. (Con altivez.)
¿Desde cuándo para tanto
tienen los hijos derecho?
¿Cuándo en sus deseos fijos
hacen á sus padres guerra?

MAR. (Con solemnidad.)
¡Cuando da padres la tierra
que abandonan á sus hijos!

CONDE. ¡María! (Fuera de sí.)

MAR. ¿Por qué razón
en el trance en que la veis,
sin conocerle quereis
mandar en su corazón?
Si ella no os miró á su lado
escudarla con un nombre,
¿por qué se le dais á un hombre
si ella á otro hombre le ha dado?

CONDE. Y vos, madre criminal,
la culpa teneis también:
¿si le conocísteis bien
por qué le guardaisteis mal?

MAR. (Llorando.)
Su padre no me dejó
la esperanza de este día;
era pobre, y no podía
darle otro más digno yo.

CONDE. ¡Basta!

MAR. (Con fuerza) ¡No basta, no á fe!
yo no quiero su desdicha;
yo os vine á pedir su desdicha
y sin ella no me iré.
Yo, que en el mundo desierto
la llevé siempre conmigo
sin ofrecerla otro abrigo
que mi pecho mal cubierto.
Yo, que al escuchar su llanto
que hoy á lanzar no se atreve,
la cubrí en noches de nieve
con un girón de mi manto.
Yo, que luchando en mi afán
con el hambre y la deshonra,
no llegué á vender mi honra
por un pedazo de pan.
Yo, que muerto ya su padre,
por él al cielo rezaba
y á bendecirle enseñaba
á mi hija... ¡yo, su madre! (Fuera de sí.)

CONDE. (Aterrado.) ¡Oh, callad!

MAR. (Gritando.) ¡Su madre, sí!...

CONDE. Que una promesa me debe. (Bajando la voz.)

MAR. ¡Yo, su madre! ¿Quién se atreve
á disputármela á mí?
(Recorriendo la escena.)

CONDE. ¡Oh, se hará vuestro capricho!

MAR. ¡Oh, perdón... mi voz delira...
no soy su madre, es mentira,
no lo he dicho, no lo he dicho!

CONDE. ¡Ira de Dios! (Vase por la izquierda.)

MAR. ¡Y lograr
su ventura!... ¡Magdalena!
(Llamándola. Ésta sale.)
¡No llores... cesó tu pena!

MAG. ¿Y tú?... (Besándola con delirio.)

MAR. Déjame llorar.
(Cayendo casi en sus brazos y sollozando.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

TELLO y LOPE, entrando por el foro.

LOPE. ¿Por qué con tenaz empeño
me haceis pisar esta casa?
TELLO. Al que una vez doy mi mano
dóile con mi mano el alma,
que ó mi labio nunca ofrece
ó lo que promete paga.
Teneis penas que en el fondo
de vuestro pecho se guardan;
bien haceis en no decirlas,
bien hago en adivinarlas.
LOPE. ¡Vos!
TELLO. ¡Yo!
LOPE. ¡Lo dudo!
TELLO. ¡Creedlo!
LOPE. Y aun siendo cierto, ¿qué ganan
mis penas con ser sabidas
si no han de ser remediadas?
TELLO. Cuando aún en vuestro deseo
no he pretendido hacer nada;
cuando aún estais en la córte

y sin vos los tercios marchan;
cuando casi á viva fuerza
pisar os hago esta estancia;
es que no creo imposible
colmar vuestras esperanzas,
curar vuestros sufrimientos
y aliviar vuestra desgracia.

LOPE. Siempre, don Tello, el que sufre
alguna ventura aguarda;
ni hay enfermo que no crea
su cura fácil y rápida:
hasta hoy he visto la mía
en la guerra y en mi marcha;
mucho habeis de darme en cambio
que tanto como ellas valga.

TELLO. Mucho, si es mucho la vida
en quien á la muerte llama;
mucho, si en el mar es mucho
dar al náufrago una tabla.

LOPE. Explicaos.

TELLO. Aún no puedo.

LOPE. ¿Y me pedís?...

TELLO. Confianza.

LOPE. ¿Quereis?...

TELLO. Plazo hasta la noche.

LOPE. ¿Cuándo he de partir?

TELLO. Mañana.
Si hoy mismo no encuentro modo
que vuestro amor satisfaga,
si mis promesas de haceros
venturoso fueran vanas,
si vos no hallais en mis brazos
satisfacciones más amplias
de las que da á vuestro pecho
la fuerza de mis palabras;
iros podeis, y yo mismo,
antes de asomar el alba,
os daré mi despedida
y os volveré vuestras lágrimas.

LOPE. Sea el que fuere ese intento,
sea próspera ó aciaga
la tabla que en mi naufragio

mano tan noble me alarga,
bendito seais, y el punto
en que os conocí bien haya.
Mas no me obligueis, don Tello,
á esperar en esta casa
la sentencia de mi vida
y la muerte de mi alma.
Que nunca so obliga á un reo
antes que al suplicio vaya,
á dormir sobre el tablado
la víspera de su infamia.

TELLO. ¿De no ausentaros sin verme
me dais promesa y palabra?

LOPE. De no ausentarme sin veros
os doy mi mano, que basta.

TELLO. Idos, pues, y estad dispuesto
si vuelvo á buscaros.

LOPE. Gracias:
mas si sabeis mi secreto
ved imposible mi causa.
Hijo de Gaspar el rico
en Espinosa me llaman;
pero ni hidalgo es mi nombre
ni solariega mi casa.
Si algo de mi juventud
pasé en la córte y sus aulas,
pasé el resto de mis días
donde acabarlos pensaba.
¡Juzgad vos mismo, don Tello,
lo fragil de vuestra tabla!

TELLO. Sé que el hombre cuanto quiere
con su voluntad alcanza;
sé que os he dicho, quedaos...

LOPE. Y que yo me quedo.

TELLO. Gracias.

LOPE. Adios, y que Él os ayude.

TELLO. Adios, y que Él con vos vaya.

ESCENA II.

D. TELLO.

Nunca cariño forzado
halagó mis esperanzas,..
bella es Magdalena... séalo
para el que su amor aguarda.
Si yo el misterio descubro
que ellos torpemente guardan,
fácil me será... Es el Conde;
de él no sabré una palabra!

ESCENA III.

TELLO y el CONDE.

CONDE. Seais, Tello, bien venido.
¡Tan temprano por mi casa!
TELLO. Es el amor impaciente,
y el amor guía mis plantas.
CONDE. ¡Pronto amais!
TELLO. Bien, como pronto.
CONDE. Me agrada.
TELLO. También me agrada
que apoyeis con vuestro afecto
el que ofrecen mis palabras.
CONDE. ¿Qué os trae de nuevo tan pronto?
¿Alguna noticia grata?
TELLO. ¡Qué más, sino que en palacio
ver á vestra hija aguardan
como esposa de don Tello
por el Conde presentada!
CONDE. Hoy lo será si así os place.
TELLO. ¡Tan pronto!
CONDE. Ahora vuestra calma
no comprendo.
TELLO. ¡Siempre teme
el que abriga una esperanza!
CONDE. ¿Por qué temeis por la vuestra?
TELLO. Tal vez dudo en realizarla.

CONDE. Explicaos.
TELLO. Ya seguros
tengo, y no es poco, á Dios gracias,
del rey la sanción augusta
y del Conde la palabra.
Pero con tener ya tanto,
lo más esencial me falta.
COND. ¿Qué?
TELLO. ¿Sé yo si Magdalena
acepta nuestra alianza,
y si tendrá tal noticia
por infeliz ó por fausta?
CONDE. Las doncellas bien nacidas
sólo á quien las dicen aman;
del esposo que las honra
con su mano, la honra guardan,
y al darlas su padre esposo
juran quererle en el ara.
TELLO. Esa, en nobles y aun plebeyos,
es la costumbre y la práctica,
pero á mí, que casi siempre
huyo de sendas trilladas,
antójaseme más justo
contar antes que con nada,
con la voluntad de aquella
que á ser nuestra esposa vaya.
Quiero yo que al dar mi mano,
en cambio me den el alma;
quiero yo que no haya una
noche de boda con lágrimas,
y quiero, no sé si es mucho
que nunca en el ara santa
sobre dos frentes perjuras
extienda un hombre las palmas.
CONDE. Bien quereis, aunque es difícil.
Mas ¿qué motivo, qué causa
os induce á una sospecha
que no está justificada?
TELLO. Á estarlo con algún hecho,
de ser sospecha pasara...
CONDE. Preguntad pronto, don Tello,
que esta sospecha me causa.

TELLO. ¿Sabe vuestra hija acaso
nuestro plan?
CONDE. No sabe nada.
TELLO. ¿Y le aprobará al saberle?
CONDE. Le obedecerá.—Eso basta.
TELLO. Para vos.
CONDE. Y para vos.
¿No es mi hija, no es honrada?
TELLO. Honra en mujer sin cariño,
es obligación, no es gracia.
CONDE. Si tanto anhelais el suyo,
de vuestro temor habladla
y sea pronto, don Tello,
que si en palacio la aguardan,
sobrará quien se contente
con su mano y mi palabra.
TELLO. Mal haceis en enojaros,
porque de su bien se trata,
y si yo por él procuro,
de mi amor doy pruebas hartas.
CONDE. La intención os agradezco
si la forma no me agrada:
¿teneis más que preguntarme,
que tengo prisa y me aguardan?
TELLO. ¿Murió su madre hace mucho?
CONDE. ¡Pregunta es la vuestra rara!
¿Qué os importa, si no existe,
la fecha de su desgracia?
TELLO. Interés es solamente.
CONDE. Mi esposa doña Constanza
murió al nacer Magdalena.
¿Qué más quereis?
TELLO. Conde... nada.
Agradecer como debo
vuestra bondad, y que rápidas
pasen las horas que á ser
yo venturoso me faltan.
Contando con vuestra venia
hablaré á vuestra hija, y tanta
será mi suerte sabiendo
que mi cariño le agrada,
que hoy mismo á palacio iremos,

señor Conde, á presentarla.

ESCENA IV.

DICHOS y MAGDALENA por la derecha.

MAG. (¡Oh, los dos!)
CONDE. Volveré pronto.
MAG. Padre y señor, no te vayas;
tengo que hablarte.
CONDE. En mi nombre
queda don Tello; á él le habla,
que habiendo de ser tu esposo
secreto para él no hay nada.
MAG. Es que yo ..
CONDE. Con tu obediencia
á mi voluntad contaba,
toda vez que tu fortuna
es ya mi ambición más grata.
Marino noble, opulento
y honrado mi amor te guarda;
mi cariño sólo anhela
tu bien, que le ames te manda.
MAG. (¡Oh!)
CONDE. Si obrando como debes
admites su amor sin tasa,
ponte las más ricas joyas,
ponte las mejores galas,
que su majestad, nombrándote
de la reina augusta dama,
como esposa de don Tello
hoy á conocerte aguarda.
(Vase por el foro.)

ESCENA V.

MAGDALENA y D. TELLO.

MAG. (¡Ay de mí!)
TELLO. Si ayer, oyendo
lo que mi voz la decia
cuando explicación pedía

de lo que está sucediendo,
escuchara Magdalena
mi intento leal y santo,
ni hoy vertiera aquí su llanto
ni me aterrara su pena.

MAG. ¿Qué quereis decir?

TELLO. No soy
aún vuestro esposo, señora;
que encuentre respuesta ahora
cuanto á preguntaros voy.

MAG. Hablad; y si es que hay en vos
lealtad y buena fé,
yo la verdad os diré
como en presencia de Dios.

TELLO. ¿Amais á Lope?

MAG. ¡Yo... sí!

TELLO. ¿Y Lope su amor os dá?

MAG. Sí...

TELLO. ¿Vuestro labio será
perjuro?

MAG. ¡Pobre de mi!
Yo que sin padre he vivido
y en ese amor he soñado,
¿por qué, si un padre he encontrado
mi pobre amor he perdido?
¿Por qué, si mi pecho exhausto
de ambición feliz vivía,
quieren pagar mi alegría
con la riqueza y el fausto?
Si yo nunca conocí
de esa riqueza el valor,
esta córle y su esplendor
¡qué puede importarme á mí!

TELLO. Bella sois, y hareis dichoso
al que os tenga por mujer.
Alegraos... No ha de ser
el que os habla vuestro esposo.

MAG. ¡Ah!

TELLO. No quiere mi hidalguia
poder aspirar á tanto;
no quiero yo que con llanto
se admita la mano mía.

No quiero, aunque amor os dí,
trocar amor por agravios;
no quiero yo que esos labios
nos mientan á Dios y á mí.

MAG. ¡Ah, gracias, señor!

TELLO. ¡Infame
será quien su amor destruya!

MAG. (Ya que no pueda ser suya,
que nadie suya me llame.)

ESCENA VI.

DICHOS y MARÍA.

MAR. (¡Aquí está... Gracias, Dios mío!)

TELLO. (¡Es ella! su mismo amor
me dirá pronto...)

MAR. Señor...
hablaros quiero...

MAG. (Á D. Tello.) (Confío...)

TELLO. (Á Magdalena.)
(Ni una palabra, ó tal vez
fuera imposible evitar...)
Dispuesto estoy á escuchar.

MAR. (¡Si perjuro... sé mi juez!)
Magdalena... déjanos.

TELLO. No olvideis que vuestro padre,
aunque su intento no os cuadre,
vendrá muy pronto por vos.
Que os esperan en palacio
engalanada y hermosa,
y que para ser mi esposa
os queda muy breve espacio.

MAG. (¡Oh, no lo entiendo!)

MAR. (Valor,
ó todo perdido está.)
Vete pronto.

MAG. ¡Me voy ya!...

MAR. (Á Magdalena.)
(Ten confianza en mi amor.
¡Dios mío, ve con bondad
el llanto de esta mujer!)

TELLO. (Ella misma sin querer
va á decirme la verdad.)

ESCENA VII.

MARÍA y D. TELLO.

MAR. Os extrañará sin duda
que no siendo nada aquí,
el interés que hay en mí
á vuestra franqueza acuda.
Pero yo que á Magdalena
crié con duelos prolijos,
yo sin padres y sin hijos
que den consuelo á mi pena,
en ella cifro mi gloria,
por más que sea su cuna
escarnio de mi fortuna
y tormento de mi historia.
TELLO. No os entiendo.
MAR. Créolo;
mas perdonadme si osada
esta entrevista lograda
os hago preguntas yo.
TELLO. ¡Hacedlas, y ved que extraño
vuestra agitación extrema!
MAR. ¡Es muy natural que tema
si temo que me hareis daño!
TELLO. ¡Yo á vos!
MAR. Según se asegura,
la mano os han concedido
de Magdalena.—¿Han mentido
por ventura?
TELLO. ¡Por ventura!
¿Por ventura para quién?
Si su mano pedí yo.
su padre me la otorgó
muy satisfecho también.
MAR. ¿Pero es cierto?
TELLO. Sí lo es.
MAR. ¿Ayer fué?
TELLO. Sí, ayer ha sido.

MAR. ¿Y este tiempo transcurrido
nada os ha dicho después?
TELLO. Nada que no tenga yo
porque apresurar contento
este feliz casamiento.
MAR. (¡Oh, el infame me engañó!)
¿Nada os ha dicho que impida
llevar á cabo ese empeño?...
TELLO. Nada.
MAR. ¡Pero esto es un sueño!
TELLO. ¡Molesta estais por mi vida!
MAR. Es que esa unión es odiosa,
y pensar no puedo en ello...
TELLO. ¡Señora...
MAR. (Con energía.) ¡Su hija, don Tello,
no puede ser vuestra esposa!
TELLO. ¡Noble y honrada es mi mano
si honrado y grande es su nombre!
MAR. Es que dió su amor á otro hombre
y amor la pedís en vano.
TELLO. Nada me ha dicho su padre,
que es á quien decirlo toca:
¿con qué razón vuestra boca
reemplaza á la de su madre?
¿Quién sois en tal caso vos,
aunque la verdad digais,
para que así destruyais
lo pactado entre los dos?
MAR. ¿Quién soy?
TELLO. Sí. ¿Con qué derecho
al que se la han otorgado
le decís que habeis contado
los latidos de su pecho?
MAR. ¡Oh!
TELLO. Mi esposa es Magdalena,
aunque vuestro afán lo impida:
¡al que vuestra venia os pida
dádsela vos norabuena!
MAR. Y sabiendo vos que quiere
á otro hombre, ¿sereis capaz
de obligarla?...
TELLO. Duermo en paz

sin temer al que prefiere.
De niña serán antojos
que hará callar el deber.

MAR. ¿Y qué la direis al ver
que brotan llanto sus ojos?
¿Cómo un hombre asi se aviene
á perder calma y reposo?
¿Cómo quiere ser esposo
de la que amor no le tiene?
¿Cómo llamar su mujer
á la que oye pronunciar
un juramento de amar,
presagio de aborrecer?
¿Así un noble su honra fía
en mujer que á otro ha amado?

TELLO. Si ella su honra ha guardado
bien sabrá guardar la mía.
Y basta; que es enojosa
esta cuestión é importuna.

MAR. ¿No os basta razón ninguna?

TELLO. Magdalena es ya mi esposa.

MAR. ¡Oh, no lo es! ¡Y si fuera
precisa mi vida toda
para impedir esa boda,
morir mil veces supiera!

TELLO. ¡Siempre merece respeto
la que nos cuidó de niño;
mas también vuestro cariño
va pasando de indiscreto!

MAR. Si indiscreto mi amor es,
para hacéroslo olvidar
yo me sabré prosternar
de hinojos á vuestros piés.
Para evitar un quebranto,
que humanas fuerzas no miden,
que vos renunciéis os piden
mis súplicas y mi llanto.
¿Ya que no por vos, por ella,
por ella que sufre y llora,
que lo que es el mundo ignora,
y es tan niña y es tan bella.
Por ella, que al empezar

su existencia á recorrer,
sin conocer el placer
ha conocido el pesar!
¡Por vuestra madre que admira
vuestro corazón de roca,
y por esta pobre loca
que á vuestras plantas suspira!
(Cayendo á sus piés.)

TELLO. (Ocultando su emoción.)
(¡Oh!

MAR. ¡Vos estais conmovido!

TELLO. ¡Alzad!

MAR. ¡Vos habeis llorado!

TELLO. ¡No tal!

MAR. ¡Si Dios me ha escuchado,
cómo no me habeis oído!

TELLO. (Nada se logra si cedo...)
dispensad... pero si hubiera
alguna razón siquiera...

MAR. La hay.

TELLO. ¡Decídmela!

MAR. ¡No puedo!
si mi llanto habeis sentido,
¿nada con él he logrado?

TELLO. El llanto me ha interesado,
pero no me ha convencido.

MAR. Es decir...

TELLO. Que es inflexible
mi resolución, señora.

MAR. ¡Oh! basta ya; ni una hora
que siga esto así es posible.
Id, preparad sin sosiego
la ceremonia sagrada;
no me escucheis para nada,
no hagais caso de mi ruego.
Desplegad la gala toda
que vos juzgueis necesario,
que yo en el mismo santuario
iré á impedir vuestra boda.

TELLO. ¡Ah, vos!—(Ya sé lo bastante.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el CONDE, que aparece por el foro.

CONDE. (¡Juntos!
TELLO. (Al Conde.) Vos que conoceis
á esa mujer y sabreis
leer bien en su semblante;
oidla un rato despacio
en su súplica enojosa
mientras vuelvo por mi esposa
para llevarla á palacio.

ESCENA IX.

EL CONDE y MARÍA.

CONDE. Vuestra sonrisa siniestra
nuestra mútua ruina labra:
yo fié en vuestra palabra.
MAR. Y yo también en la vuestra.
Ayer mismo me dijisteis,
«se hará lo que vos querais.»
¿Qué habeis hecho, ¡no mintais!
de lo que ayer me dijisteis?
CONDE. No á escucharos cada día
nueva queja estoy dispuesto;
lo determinado en esto
ha sido voluntad mía.
Y que entregue ó no al olvido
el secreto vuestra boca,
yo soy su padre, y me toca
dar á mi hija marido.
Haced, pues, con brevedad
que termine esta querella;
con vuestra venia ó sin ella
se ha de hacer mi voluntad.
MAR. No ya recordar os quiero
vuestra conducta pasada,
que no os da derecho en nada
á su cariño sincero.

No ya os hablaré, señor,
de un pasado que sabeis,
y con el cual no teneis
ningún derecho á su amor.
Tampoco con mi secreto,
que en ninguna prueba fundo,
y que dudaría el mundo,
quiero teneros sujeto.
Pero sí que yo, que soy
la que por ella velé,
mejor que vos deberé
marido escogerle hoy.
Y si ella no puede ya
ser del hombre á quien amó,
de otro no he de dejar yo
que ella sea, ¡y no será!

CONDE (Cogiéndola de la mano y con entonación lírica.)
Rica en espléndido lujo
y seda y oro vistiendo,
radiante la faz, cediendo
de aquel ambiente al influjo,
entre mil damas brillantes,
y entre suaves armonías
y á la luz del mil bujías
que alumbran cien mil diamantes,
admirada y admirando,
sonreída y sonriendo,
gratos aromas sintiendo,
ricos tapices pisando;
mi hija extenderá sus galas
allí, do nunca ha vivido,
cual tiende al salir del nido
una paloma sus alas.

MAR. En ese régio palacio
donde entre envidia y encono
si alza gigantesco un tronco
llenando su inmenso espacio,
donde las manos se enlazan
entre estudiada sonrisa
y con caretas de risa
las lágrimas se disfrazan,
donde se ocupan los hombres

en calumniar aún por señas,
donde hay almas tan pequeñas
como son grandes los nombres
de virtudes y deshónras
no admiten séparaciones,
donde las murmuraciones
se ciernen sobre las honras,
teniendo por justa empresa
causar dolores acerbos,
como se ciernen los cuervos
hambrientos sobre su presa;
no extenderá ella sus galas,
aunque allí nunca ha vivido,
cual tiende al salir del nido
una paloma sus alas:
sino que ave que ha cruzado
siempre feliz por el viento
y su encantador acento
al aire libre ha lanzado,
presa al verse de repente
y perdido su tesoro,
morirá en su jaula de oro
sin canción y sin ambiente.

CONDE. ¿Qué instinto infernal os guía
á destruir mi proyecto?

MAR. ¡El juicio sereno y recto
que alumbra la mente mía!

CONDE. ¡Juicio falso que destruyo
con lo que más la conviene!

MAR. Juicio certero que tiene
todo el mío y todo el suyo.
Y es fuerza que desistais
ó yo romperé esa roca
de una vez.

CONDE. Vos estais loca
cuando así me amenazais.

MAR. ¡Loca!

CONDE. Loca es la querella
que á mi razón oponeis.

MAR. ¡Oh! ¡Magdalena! (Llamándola.)

CONDE. ¡Qué haceis!

MAR. ¿Yo?—Preguntárselo á ella.

ESCENA X.

CONDE, MARÍA y MAGDALENA vestida con riqueza y elegancia.

CONDE. (¡Silencio!)
MAG. ¿Me habeis llamado?
CONDE. Para saber si don Tello
te habló en mi nombre.
MAG. Ya de ello,
mi padre y señor, me ha hablado.
MAR. Tu voluntad manifiesta.
CONDE. ¡Querrás desobedecerme!
MAG. Mi padre sabrá entenderme;
mi silencio es mi respuesta.
CONDE. ¿No al esposo que te doy
por tu bien rechazarás?
MAG. ¡Yo no he de amarle jamás,
señor, pero suya soy!
MAR. Así tu muerte procuras
así aumentas tu dolor!
MAG. (¡Es mi padre!)
CONDE. Así mi amor
y tu fortuna aseguras.
MAR. ¿Y no dirás la verdad?
MAG. ¡Para qué la he decir
si nadie la quiere oir!
CONDE. ¡Silencio!—¡Don Tello!
TELLO. (Á Lope.) Entrad.

ESCENA ÚLTIMA.

MARÍA, MAGDALENA, el CONDE, D. TELLO y LOPE por el foro.

MAG. (¡Ah, Lope! Viene á quitarme
el valor que necesito.) (Alterada.)
TELLO. Un amigo á quien invito
en mi boda á acompañarme.
MAR. (Con alegría.)

(Es él..: ¡Oh, Dios me le envía!)

CONDE. Hónrame quien vos traigais.

TELLO. Si á su amistad aspirais (Á Lope.)
comenzad desde este día.
que fausto es para su casa.

CONDE. Es así.

TELLO. Si está dispuesta
vuestra hija, y no la molesta
mi impaciencia nada escasa,
marchar podremos...

MAG. (¡Oh, Dios!)

MAR. (Mirando á Lope.)
¡Nada dice!

CONDE. Á vuestro gusto
alegremente me ajusto.
(Van á marchar: María los detiene.)

MAR. ¡Esperad!

CONDE. ¡Otra vez vos!

MAR. Otra vez y es la postrera...
(Dirigiéndose á Lope.)
¡Lope, miradla llorar,
ayudadme á no dejar
que Magdalena se muera!

CONDE. (Con fingido encono)
¡Qué es esto!

TELLO. ¿Qué osais decir?

MAR. ¡De aquí no se ha de mover!

CONDE. Está loca esa mujer
y no la debeis oir.
¡Marchemos!

MAR. Antes que pasen
y tú con ellos, decide
si está loca la que impide
que con don Tello te casen.
Si está loca la que ha hecho
que alegres pasen tus días
cuando tú nada tenías
más que su pan y su leeho.
Díles, pues tanto callaste
y no te entienden llorando,
si está loca á quien temblando
tu primer amor contaste.

¡Díles tú, que estás sin madre,
ya que te roban tu calma,
si hoy no siente ya tu alma
haber hallado á tu padre!

CONDE. ¡Loca está!

MAG. No más, cobarde,
tanta desventura afronto,
yo conocí á Lope pronto...
ó yo os conocí á vos tarde... (Al Conde.)

CONDE. Lope, sois vos...

LOPE. Que obligado
osé esta casa pisar...

TELLO. Y á quien yo traje á escuchar
que su fe no han olvidado.

CONDE. ¿Y tú, mi hija, prefieres
al fausto que te rodea,
la oscuridad de la aldea
y á un hombre plebeyo quieres!

MAG. Si la aldea me dió cuna
y el plebeyo me amó pobre,
natural es que le sobre
á mi alma la fortuna.

CONDE. ¿Y con fortuna tan poca
tú con placer vivirías?...

MAG. (Interrumpiéndolo con pasión.)
¡Hasta mis últimos días!

MAR. (Con rapidez.)
¿Lo veis como no estoy loca?

CONDE. Aquí, do te aguardan...

MAG. Penas:
la dicha allí: ¡qué más bienes!

CONDE. (Fuera de sí.)
¡Bien se conoce que tienes
sangre villana en las venas!

MAG. ¡Ah! (Aterrada.)

MAR. (Con rapidez.) Sí, y esa sangre impía
que así rechaza tu padre,
es la sangre de tu madre,
la mía.

MAG. (Corriendo á ella.) ¡Madre!

MAR. (Con orgullo.) ¡La mía!
Ahora que ya somos dos

á disputarnos tu afán,
pregúntale dónde están
los hidalgos ante Dios. (Pausa.)
Aquí hay dos seres distintos
que vida y alma te dieron,
y diferentes nacieron
en fortuna y en instintos!...
El que rico te dió el ser
y era poderoso y fuerte,
sin importarle tu muerte
huyó para no volver.
Y el ser débil y villano
y con su nombre en el cieno,
te dió la vida en su seno
y te llevó de la mano.
¡Sangre villana!... si Dios
entre sangres escogiera,
¡cuál de las dos prefiriera
por más noble entre las dos!

CONDE. Reparad.

MAG. ¿Conque tú eres
la misma que siempre fuiste,
la que conmigo partiste
tus penas y tus placeres?

MAR. ¡Sí, Magdalena, yo he sido,
que hoy impedí que lloraras;
antes que lo preguntaras
tu sangre te ha respondido!

CONDE. ¡Ved!...

MAR. De la madre ofendida
el secreto descubristeis;
vos vuestro nombre me disteis,
¡oh! no temais que os le pida.

MAG. ¡Ah!

MAR. Yo que creí que ese hembre
sabría amarte cual padre,
le juré no ser tu madre
porque te diera su nombre.
Y aun viéndote padecer
no te supo dicha dar,
¿cómo ha de saberte amar
si no te ha visto nacer!

CONDE. ¡Basta! (Fuera de sí.)

MAR. Sí, basta de prueba.

(Cogiendo á Magdalena de la mano y muy marcado.)

Joyas, palacios y bienes
en este recinto tienes
á que tu suerte te eleva.
Padre has hallado y esposo
dignos ambos de tu cuna;
no te faltará fortuna
aunque te falte reposo.
Pero tras de ese horizonte
con que la córte convida,
hay una choza escondida
entre la falda de un monte.
La presta una encina sombra,
y en las mañanas de Mayo
la da el sol su primer rayo
y el césped su verde alfombra.
Cuando el cielo en grana tinto
anuncia el día despierto,
las violetas del huerto
embalsaman su recinto.
¡Allí ocultaré la pena
que mi corazon destroza!
¡Entre el palacio y la choza
elige tú, Magdalena!

(Pausa grande. Ansiedad general.)

MAG. (Acercándose al Conde, arrodillándose y quitándose el joyel.)

Perdona, padre, perdona
si tarde te he conocido,
y si aun temiendo tu olvido
Magdalena te abandona.
Yo prefiriera á mi padre
que al verme partir solloza;
¡pero desde aquella choza
me está llamando mi madre!
Su amor me dió en mi niñez
entre miseria y dolor,
yo quiero darla mi amor
cuando llege á la vejez.

CONDE. Yo tambien mi amor te he dado.

MAG. ¡Y yo sin él he crecido!
CONDE. ¡Yo un porvenir te he ofrecido!
MAG. ¡Ella sin él me ha criado!
CONDE. ¡Soy tu padre!
MAG. ¡Desde ayer!
CONDE. Mi nombre te quiero dar...
MAG. Si no le sé pronunciar,
¿cómo le puedo querer?
CONDE. ¡Oh! (Cubriéndose el rostro.)
MAR. ¡Dios es justo!
CONDE. (Con rapidez.) ¡Y perdona
que un hijo el pecho taladre
de su padre!
MAR. (Con solemnidad.) ¡Es que no es padre
quien sus hijos abandona!
CONDE. ¡Oh, basta!... teneis razón,
huíd de mí sin piedad!
¡dejad en la soledad
á mi muerto corazón!
¡Dejad que hoy al bien despierte
quien del mal cruzó el camino,
y en errante peregrino
venga á encontrarle la muerte!
(Sentándose sollozando.)
MAR. Cuando vuestra estéril vida
de tanto luchar cansada
tender quiera una mirada
á aquella casa escondida,
ese cariño será,
al separaros así,
vuestra expiación aquí
y vuestra esperanza allá.
TELLO. Pronto irá si oye mi acento.
LOPE. Pronto si á su hija quiere.
MAR. ¡Pronto, si dejar prefiere
aquí su arrepentimiento!
CONDE. (Levantándose.)
¡Oh, no más vacilación;
(Á Magdalena.)
hágase lo que te cuadre!
MAG. ¡Madre... perdona á mi padre!
CONDE. (Tendiendo una mano á María, y abrazando á su hija.)

¡Hija de mi corazón!

(El Conde con la cabeza baja besa la mano á María: ésta abraza á Magdalena: Lope y Tello se dan la mano. Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

No hallo inconveniente en que la representación del drama titulado Flores y perlas, *sea autorizada.*

Madrid 24 *de Febrero de* 1860.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RÍO.

AUMENTO AL CATÁLOGO DE 1.° DE JUNIO DE 1888.

COMEDIAS Y DRAMAS.

TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde.
Heridos y contusos	1	Sres. Larra y Gullón	Todo.
Leonor I de Aragón	1	Pedro Navarro	»
Olas de sangre	1	Manuel Izquierdo	»
Por un sombrero	1	J. Guijarro y F. Olona	»
Clown	3	José Fola	»
El molino del Cármen	3	José Fola	»
Lo sublime en lo vúlgar	3	José Echegaray	»
Mar y cielo	3	E. Gaspar y A. Guimara	»
Teresa	3	José Fola	»

ZARZUELAS.

¡Aquello!	1	Tomás Gómez	M.
Certámen nacional	1	Perrin y Palacios	L.
Despacho parroquial	1	Tomás Calamita	1|2 M.
El golpe de gracia	1	Señá, Hurtado y Caballero	L. y 1|2 M.
En la plaza de Oriente	1	Cuevas	L.
Epílogo	1	Rojas, Ruiz y San José	L. y M.
La cruz blanca	1	Perrin y Palacios	L.
La verdad desnuda	1	Arniches y Cantó	L.
Pepa, Pepe y Pepin	1	Rafael M. Liern	L.
Perder la pista	1	Luis Larra	L.
Plan de estudios	1	Calixto Navarro	1|2 l.
Por España	1	Varas, Rojas y San José	L. y M
Quedarse la albis	1	Rafael Taboada	M.
Timos conyngales	1	Luis Arnedo	M.
El rey reina	2	M. E. Tormo y M. Nieto	L. y M.
Nanón	2	Olona, Ferrer y G. Taboada	L. y 1|2 M.
Una broma en Carnaval	2	Casademunt y Strauss,	L. y M.
Sustos y enredos	3	Juan García Catalá	M.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR.

Habiendo adquirido de un gran número de nuestrros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA.

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.